

# EUSKADI Y SUS CURAS

JUAN ARANZADI

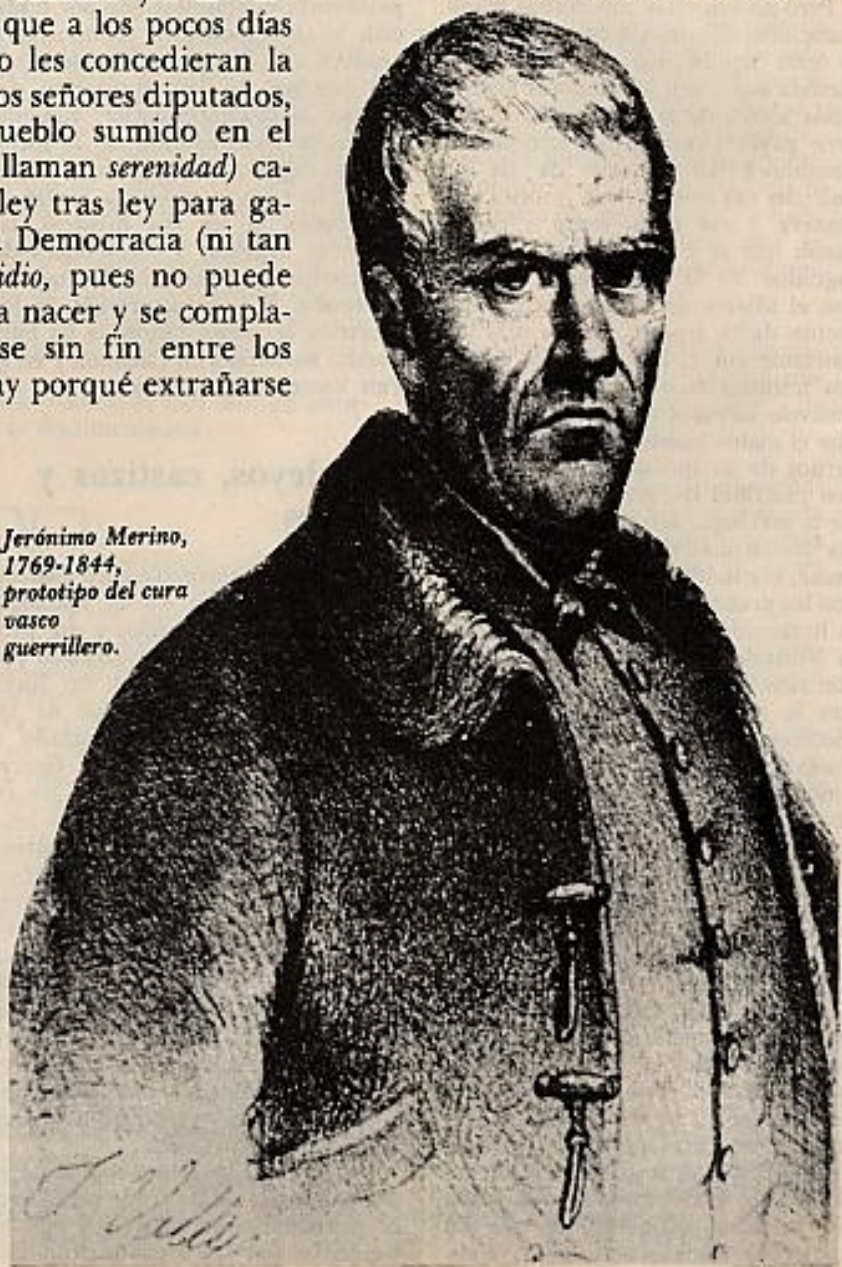
*«Euskadi, dependiente de España, no puede dirigirse a Dios, no puede ser católico en la práctica.»*  
Sabino Arana

*«Contrariamente a lo que se veía en otras regiones de España, el clero vasco vivía verdaderamente con el pueblo.»*  
Jacques Maritain

**E**N este país, y en Euskadi en particular, los acontecimientos no se suceden, se precipitan... *hacia el abismo*. Y en el vértigo de la conciencia provocado por la voráGINE de los hechos, más de un político (casi todos) ha perdido la razón... y/o la vergüenza. Sólo así cabe explicarse que a los pocos días de que los superiores de Tejero les concedieran la *libertad provisional y condicionada*, los señores diputados, dignos representantes de un pueblo sumido en el pánico y la indignidad (otros le llaman *serenidad*) cayeran en la abyección de votar ley tras ley para garantizar el *derecho al aborto* de la Democracia (ni tan siquiera puede hablarse de *suicidio*, pues no puede suicidarse lo que no ha llegado a nacer y se complace perversamente en mantenerse sin fin entre los agudos dolores del parto). No hay porqué extrañarse

de que UCD se quite finalmente la careta, pero no deja de sorprender (restos quizá de una *ingenuidad de izquierdas* felizmente exangüe) que el PSOE se sienta nostálgico de su pasado con temporizador con Primo de Rivera o el PCE emule a sus camaradas argentinos añorando un Videla «mataterroristas» al que apoyar: restablecido así insospechadamente el consenso en la ceguera (o peor aún, en el silencio cómplice sobre lo evidente) resulta lógico que quienes han decidido ponerse y ponernos una venda y una mordaza para salvar... *el miedo*, se indignen y vociferen porque tres obispos vascos no renuncian al derecho de ver y hablar. En la patética situación que vive el país, es hipócrita y necio detenerse en el bizantinismo de si se extralimitan o no en sus funciones, si constituye o no una intromisión de la Iglesia en campo ajeno, etc.: nadie se pregunta de quién es la voz que le avisa que se va a estrellar. Lo indignante no es lo que dicen los obispos vascos, sino que (casi) sólo ellos se hayan atrevido a decirlo: gracias a su oportunistísima pastoral «inoportuna» podremos en adelante ampararnos en la coartada de la cita y la autoridad de la Iglesia

*Jerónimo Merino,  
1769-1844,  
prototipo del cura  
vasco  
guerrillero.*



para repetir la obviedad de que «algunos sectores de la población vasca —bastante numerosos a juzgar por los resultados electorales— comparten y apoyan, en modos y niveles diversos el proyecto y la estrategia de ETA» y que «la ocupación militar del País Vasco generaría en la población un malestar favorable a su proyecto político revolucionario» que sólo podría culminar en la *alternativa entre un casi seguro genocidio y una improbable independencia*; gracias a la voz episcopal podremos hablar, sin temor a ser acusados de apología indirecta del terrorismo, de «los abusos que se cometen bajo la cobertura de la democracia», de «la dureza de algunas leyes, que no garantizan suficientemente los derechos fundamentales de la persona», de «los abusos cometidos por la Fuerzas de Orden Público»; gracias a estos tres pastores podrá el rebaño proclamar que «la vida política ha de conservar siempre



Guernica después del bombardeo.

su independencia respecto de las Fuerzas Armadas y no debe estar sometida a la presión de ellas», que «toda presión coactiva de otras fuerzas o poderes fácticos en el ejercicio de estas funciones constituye un atropello a la libertad democrática», y podrá asimismo juzgar a la luz de tan claros principios «la notable influencia en la marcha ulterior de la vida política española» que está teniendo el «intento de golpe de Estado del 23 de febrero último» y el hecho de que continúe vigente «la realidad y gravedad de esta tentación».

Dicen que los borrachos y los locos son los que dicen las verdades; al parecer en ocasiones, no por escasa inválidas, también los obispos. Sólo los políticos parecen decididos a no ingresar jamás en esta cofradía. Pero una vez privados del paraguas eclesial, ¿nos atreveremos a seguir proclamando algunas evidencias que a los obispos se les quedaron quizá en la punta de la lengua? Aún podríamos —¿no es así monseñores?— recordar con Juan XXIII en la «*Pacem in terris*» (¡atención al título: la cosa iba de *pacificar!*) el *derecho de los pueblos a la autodeterminación* —una de cuyas caras es el derecho a la independencia, a la separación— a riesgo de suscitar la acusación sobre el difunto Papa de inspirador de la *alternativa KAS*. Pero el peso de la nueva ley del silencio

podría empezar a caer sobre nosotros y nos arriesgamos a iniciar en solitario una senda de meras constataciones del estilo de: es suicida insistir en colocar al pueblo vasco ante el dilema maniqueo «o ETA o el Gobierno de Madrid, su Policía y sus Fuerzas Armadas»; en las actuales condiciones y por el camino emprendido, la traducción práctica del eufemismo «acabar con el terrorismo» no puede ser otra que «matar, encarcelar o empujar al exilio como mínimo a un 20 por ciento largo del pueblo vasco»; la mayoría de los vascos rechazan política y éticamente a ETA, es cierto, pero eso no quiere decir, y difícilmente querrá nunca decir, que apoyen o vean con simpatía al Ejército español y mucho menos a la Policía y la Guardia Civil, etc., etc.

Por más que juicios de esta índole puedan legítimamente aspirar a la categoría de hechos, ¿quién que no esté armado con un báculo se atrevería a firmarlos? Yo no, por supuesto: prefiero considerarlos como alucinaciones de loco, de borracho... o de obispo vasco.

Y pasar a otro tema: por ejemplo, ¿cómo explicar la anomalía de unos obispos políticamente tan sensibles y comprometidos, de unos obispos «a la izquierda del PCE»? Mucho puede ayudarnos a explicar tan sorprendente hecho la historia de la Iglesia

en Euskadi. Pues en los últimos tiempos los curas vascos han sido ciertamente un poco «raros».

## Antes de Trento

Como en todo el Occidente, quizá más aún, Trento marca una rígida frontera en la historia del cristianismo vasco y en la propia historia general del País Vasco. A partir de entonces empezó a labrarse la ecuación «euskaldún = fededún» que tanta trascendencia política había de tener durante los siglos XIX y XX. Hasta esa fecha, el cristianismo atravesó en Vasconia no pocas vicisitudes.

Mucho se ha mitificado, en uno y otro sentido, los orígenes del cristianismo vasco. Desde el siglo XVI y hasta comienzos de éste, los apologistas del fuerismo, no contentos con identificar los fueros con el monoteísmo y atribuir la simultánea adopción de ambos por el pueblo vasco a Túbal e incluso a Noé, situaron la tempranísima cristianización del escogido pueblo euskaldún en los mismísimos tiempos apostólicos. Desvalorizadas por la crítica histórica las leyendas sobre tal evento y paralelamente a los avances del laicismo y el ateísmo en la sociedad vasca contemporánea, empezó a generalizarse la opinión de una muy tardía cristianización vasca (que no comenzaría en las zonas nor-

## EUSKADI Y SUS CURAS

teñas hasta el siglo XI y no se consumaría hasta el XV), no faltando incluso quienes atribuían los brotes repetidos de brujería en los siglos XVI-XVII a una hipotética reviviscencia del paganismo vasco vigente hasta poco antes. Hoy en día sabemos, gracias a los detallados estudios críticos de D. A. E. de Mañaricúa, que «la evangelización de los vascos se inicia en el Bajo Imperio Romano», que «en la segunda mitad del siglo IV, Prudencio puede calificar de *pasado* el paganismo de los vascones», que la Calahorra vasca en los siglos IV-V y todas las ciudades de Euskadi-norte en el siglo VI tienen ya sus obispos (sin que la falta de fuentes nos permita saber lo que en esas épocas ocurría en Euskadi-sur), que en tiempos visigóticos se reparten el actual País vasco-español las sedes de Pamplona, Calahorra y Oca, que *no hay pruebas* de que en tiempos germanos existiera paganismo en el país (aunque nada impide pensar como muy probable su supervivencia)... en resumen, que «la evangelización de los vascos se desarrolla cronológicamente

al igual que en el resto de los vecinos países de Europa. Ni se adelanta, ni se atrasa».

Las vicisitudes políticas de la lucha contra el moro y de las pugnas entre los nacientes reinos cristianos harán que para el siglo XII las precedentes diócesis vascas de Alava, Valpuesta y Oca parezcan incorporadas a los episcopados de Calahorra y Burgos, que con los de Pamplona y Bayona se repartirán durante la Edad Media la atención pastoral del País Vasco: el desajuste entre límites étnicos y organización episcopal se revelará pronto como un permanente problema del cristianismo vasco. Y así vemos cómo hasta muy entrado el siglo XVI, Alava, Guipúzcoa, y sobre todo Vizcaya viven en permanente rebeldía frente a sus obispos, a quienes impiden, *por fueras*, entrar en su territorio, ni tan siquiera, como se dio el caso, acompañando al rey de Castilla. No es ajeno a este conflicto el hecho de que la mayoría de monasterios y antieglésias vascas se debieran a iniciativa señorial, siendo los pendencieros «patrones mayores» los patronos del sis-

tema beneficial y quienes cobraban los diezmos y primicias: esta unión del clero con los señores contra la jerarquía eclesiástica puede verse quizá como un temprano precedente de la permanente proximidad de los curas vascos a los «jauntxos» y líderes de su pueblo por encima del respeto a sus obispos.

Esta ausencia de control episcopal repercutía inevitablemente en la situación del clero, cuyas costumbres un tanto disolutas y cuya escasa formación cultural distaban mucho del ideal ortodoxo. Todo ello contribuyó junto con el agitado clima social bajo-medieval (presidido por lo que se conoce como «guerra de bandos», nombre bajo el que se esconde una triple conflictividad: pugnas entre linajes nobles, lucha entre la nobleza rural y la naciente burguesía de las recientes villas, resistencia plebeya frente a los nobles) a la fortaleza y extensión del *movimiento milenarista* de los «herejes de Durango»: en 1442 las predicaciones joaquimistas del franciscano fray Alfonso de Mella sobre la inminente llegada de la Edad del

Caricatura liberal de los carlistas.





Un sacerdote vasco oficiando la misa ante un destacamento de «gudaris» durante la Guerra Civil.

## De Trento al carlismo

Lo cierto es que después de Trento no sólo va creciendo inconteniblemente el peso de la Iglesia Católica en la sociedad vasca (en lo cual influye no poco la puritana depuración post-tridentina de las costumbres del clero y la mejora de su formación cultural a partir de la organización en el siglo XVIII de los Seminarios de Pamplona y Calahorra; tendrán asimismo gran influencia las *misiones populares* impulsadas por franciscanos y jesuitas y la impropia labor docente de estos últimos que les permitirá muy pronto y hasta hoy adueñarse de las conciencias de la élite dirigente del país) sino que además, y a pesar de que la mayoría de sus obispos sean foráneos (en significativo y sorprendente contraste con la abundante desproporción de curas vascos) la Iglesia vasca se va progresivamente «abertzalizando» en un doble sentido: incrementa su apego al euskera como muralla lingüística defensiva contra las nuevas y pecaminosas ideas, e identifica de modo cada vez más inseparable la defensa de la religión con la tradición, los Fueros y el Antiguo Régimen.

Sin entender la profunda *unidad* de estos factores no se puede entender nada de la historia moderna y contemporánea del País Vasco: la «hidalguía colectiva» (que funciona como auténtico generador de dicotomización étnica), la legislación foral (con sus innegables conquistas democráticas y sus privilegios, pero sobre todo en su mitificada imagen popular), una tradición forjada «ad hoc» como mitificación apologética de lo anterior, y un catolicismo «vasquista» etnocéntricamente entendido como sanción religiosa de todo ello, no sólo forman una indisoluble unidad de la que no cabe separar éste o aquél factor, sino que *en su unidad* no son más que la punta del iceberg formado por un todo social y una conciencia colectiva nucleados en torno a una estructura familiar y unas relaciones de parentesco indisolublemente ligadas a un determinado sistema de producción y tenencia de la tierra. Es en este *todo global* en el que el clero vasco se va progresivamente enraizando y es su solidaria reacción con ese todo lo que explica su combativa actitud durante las guerras carlistas.

Pero antes de entrar en esa clave histórica de la Iglesia vasca que es el carlismo, fenómeno al que única-

Espíritu que había de instaurar el comunismo y el libertinaje místico, prendieron con rapidez entre las capas plebeyas del Duranguesado, especialmente entre mujeres y artesanos, que se movilizaban para establecer por las armas su ideal; una fuerte represión cortó los preparativos de la insurrección pero no consiguió sofocar del todo el movimiento que aún resurgió levemente años más tarde.

No quedan aquí las proclividades heréticas de los vascos medievales. Si la excusa del peligro de herejía y la falsificación de una bula papal sirvió a Fernando el Católico para completar la «unidad española» invadiendo el Reino de Navarra, la coartada de la lucha contra la Reforma que había seducido a los monarcas navarros del Norte le sirvió más tarde a Felipe II para desgajar de la sede episcopal de Bayona una buena parte del territorio guipuzcoano y navarro que le correspondía hasta 1556, para incorporarlo a la administración eclesial española. Este conflicto religioso que desembocaría en la ruptura del último vínculo existente entre vascos de una y otra parte de los Pirineos está ligado también a los comienzos de la literatura euskara: aparte de algunos fragmentos de poesía épica y la obra de Dechepare (1545), el euskera escrito

se inaugura con las traducciones religiosas que bajo el patronazgo de la Reina Juana de Albert realizó Leizarraga con objeto de difundir el protestantismo entre los vascos; la reacción contrarreformista se vio obligada para contrarrestar esa influencia a comenzar una pastoral en euskera, y desde entonces hasta finales del siglo XIX, la literatura vasca, en palabras de Ibon Sarasola, «no cuenta con apenas otra cosa que libros devotos, es decir, una literatura religiosa práctica». Aun así, las relaciones entre el clero vasco y el euskera no parecen haber sido siempre idílicas: sin entrar en el tan interesadamente debatido problema de si la Iglesia y el clero vasco han sido históricamente un factor de desvasquización o por el contrario de conservación de la lengua y las características étnicas, digamos que a juzgar por las protestas del P. Larrañendi en el siglo XVIII no parece que todo el clero fuera un entusiasta seguidor de la catequesis en euskera, aunque las explícitas orientaciones pastorales de algunos obispos y un buen número de hechos conocidos permiten afirmar que, mucho o poco, fueron los curas, y en especial los franciscanos, los únicos que algo hicieron para que el euskera no muriera (aunque no fuera ese su deliberado objetivo).

## EUSKADI Y SUS CURAS

mente se atribuye el comienzo de la intensa proclividad del clero vasco a intervenir en política, con las armas en la mano si es preciso, recordemos con F. García de Cortázar que el acta de nacimiento del cura vasco guerrillero es algo tan «español» como la Guerra de Independencia contra Napoleón: el clero y el campesinado vascos se levantaron contra los invasores franceses lo hicieron en nombre del mismo ideal que provocaría años más tarde la insurrección carlista: la «civilización cristiana» entendida como algo indisolublemente unido a los Fueros y tradiciones vascas. Lo único que a lo largo del siglo XIX hará progresivamente atípica la reacción del clero vasco en el seno de la Iglesia española, empujándole finalmente a las filas del incipiente nacionalismo, es la progresiva adaptación de ésta al liberalismo moderado y en definitiva a la nueva situación considerada irreversible. Quien guste de contentarse con clichés se conformará con calificar de «ultrarreactionaria» esta terca fidelidad de los curas vascos al Antiguo Régimen, mas si analiza lo hechos quizá vacile la univocidad del membrete. Pues no hace falta mitificar la Euskadi foral ni esconder la indudable desigualdad, explotación y conflictividad social que encierra su ideologizada imagen idílica, para reconocer que a pesar de todo, el liberalismo español decimonómico tenía poco de positivo y mucho de negativo que aportar a la mayoría del pueblo vasco (me refiero por supuesto a nivel inmediato y a corto plazo; queda fuera de mi perspectiva la hipótesis del holocausto en el altar del Progreso, del sacrificio a las «exigencias de la Historia»); el sufragio censitario (que dejaría sin derechos políticos a quienes ya estaban privados de ellos por la oligarquía foral), una libertad e igualdad «ideológicas» que nada añadían al tradicional «igualitarismo vasco» y sólo le restaban su halagador carácter de privilegio étnico, una desamortización agraria que para beneficiar a una minoría de campesinos enriquecidos y grandes propietarios privaba al pueblo de los imprescindibles terrenos comunales y derruía un sistema de propiedad ligado a la estructura familiar tradicional y sacralizado por toda una mitología campesina, el servicio militar obligatorio y un traslado de las aduanas a la costa que encarecería el consumo, no parecen muy seductores motivos para empujar a la mayoría del pueblo vasco (campesinos medios y pobres, artesanos, pequeños comerciantes, clero y nobleza local) a renegar de un orden social concebido como «natural», sem-

piterno y querido por Dios, para abrazar la causa liberal.

¿Qué papel juega aquí el clero? Para entender la función que el bajo clero sobre todo juega en el liderazgo ideológico e incluso militar de las guerras carlistas, hay que tener en cuenta tres factores: la ausencia en el País Vasco de grandes propiedades de la Iglesia que la hicieran aparecer como enemiga del campesinado, la tajante condena católica del liberalismo como ideología atea y demoníaca, y la repercusión directa sobre el bajo clero de la crisis económica del Antiguo Régimen al depender sus ingresos del cobro por la alta nobleza de los diezmos a un campesinado empobrecido. Todo ello explica quizá que sectores del clero vasco se entregaran de lleno a la guerrilla —gran notoriedad había de alcanzar el Cura Merino— figurando en las facciones del carlismo más radicales y reacias al compromiso. Las dos guerras carlistas estrechan los lazos entre el clero y el campesinado vasco, profundizan el foso étnico ya existente, crean una conciencia pre-nacionalista y popularizan desde los pulpitos una visión idílica y sacralizada del Paraíso vasco perdido o a punto de perderse.

### Del PNV a la «cruzada»

El nacionalismo vasco recogió mucho de lo que el carlismo sembró. Es sabido que Sabino Arana llegó a formular sus posiciones nacionalistas partiendo del carlismo, de un carlismo que él calificó como «per accidens». A pesar de las muchas y muy evidentes diferencias que irán surgiendo entre carlismo y nacionalismo vasco, hay una obvia continuidad desde el «Dios, Fueros, Rey» al «Jaungoikoa eta Lege-zarra» (Dios y Leyes viejas). Sabino concibe su tarea básicamente como una *regeneración religiosa* del pueblo vasco, para lo cual considera imprescindible la recuperación por el mismo de su pérdida esencia: la independencia política de Euskadi es sólo el requisito (ineludible, jeso sí!), la condición, el medio para llegar a ese fin: la redención étnico-religiosa. La base de toda la ideología sabiniana es la religión; de ahí que su mensaje profético no tarde en hallar eco en un clero habituado a considerar sinónimos catolicismo y fuerismo o vasquismo. Desde el principio, el PNV cuidó mucho la propaganda entre el clero. Y no tardó en recoger sus frutos: en numerosos pueblos la implantación nacionalista empezaba por el cura. Numerosos

clérigos del Seminario de Vitoria (en el que se reunían por vez primera en la historia todos los seminaristas vascos) y un activo grupo de sacerdotes conocidos como los «propagandistas» contribuyeron notablemente al auge nacionalista, tanto de modo indirecto (por su labor en pro de la cultura vasca) como directamente en la promoción, asesoramiento y adoctrinamiento de organizaciones nacionalistas como la «Emakume Abertzale Batza» o el sindicato ELA-STV. Alguno, como Aitzol, se convertiría en importante ideólogo del PNV antes de ser fusilado por las tropas de Franco.

Para este clero nacionalista, que había encontrado desde 1928 en Mons, Mateo Múgica, un pastor comprensivo, no cabía romper el binomio Dios-Euskadi; y no renunció a ninguno de los dos miembros de la pareja cuando en nombre del contrapuesto enlace Dios-España, la «Cruzada» de Franco pretendió hacerlos incompatibles: a pesar de que la jerarquía vasca y un gran sector de su clero —predominantemente alavés y navarro— se adhirieron a la sublevación franquista (monseñor Múgica diría más tarde: «Nuestra visión de la guerra, en aquellas circunstancias, tenía que ser forzosamente incompleta»), unos 1.300 curas vascos se declararon abiertamente contrarios al llamado Movimiento, alistándose muchos de ellos como capellanes de *guardarías*. Se gestaba así el «caso vasco» que tanto incordiaba al Vaticano y a los obispos fascistas españoles y que tanto contribuyó a desmitificar la imagen de «Cruzada» con que quiso revestirse la barbarie franquista: el atento y honrado oído de católicos como Maritain o Bernanos impidió que los Antoniutti y los Pacelli silenciaran del todo las denuncias sobre los curas y monjas que figuraban entre las abundantes víctimas de la aviación nazi en Durango y Guernika.

Cuando las tropas facciosas entraron en Euskadi, las previsibles consecuencias no se hicieron esperar; así lo cuenta monseñor Mateo Múgica, quien a pesar de haberse declarado inicialmente partidario de Franco no se negó a mantener los ojos abiertos y fue por ello finalmente desterrado: «... y así fueron muertos varios sacerdotes de nuestra diócesis, muchos fueron desterrados, otros sufrieron cárceles, otros fueron internados en campos de concentración y en destierro continúan todavía después de casi nueve años». Sirva como indicio de la duración del horror y la mentira el hecho de que tuvieron que transcurrir 41 años para que, en 1977, pu-

diera celebrarse oficialmente un funeral por los 14 curas fusilados por los franquistas.

## La posguerra

«Diciendo España digo Iglesia. Amar a España es amar lo que hay de más grande y más sublime. Menospreciarla es menospreciar lo que hay de más sagrado. Amad a España y amaréis a Dios». Estas fueron las primeras palabras de don Javier Lauzurica al hacerse cargo de la diócesis del expulsado Múgica. Mientras, continuaban las represalias contra el clero confiado a su cargo, con su decidido concurso y complicidad: los obispos vascos (también los de Bilbao y San Sebastián, nuevas diócesis creadas en 1949 con el escondido propósito, según alguno, de desmembrar la «peligrosa concentración» del Seminario de Vitoria) fueron durante mucho tiempo más policías que pastores.

Pero nunca consiguieron aplicar a su clero que ya en 1946 elevaba el primero de una innumerable serie de documentos de protesta; lo que sí consiguieron, y esto tuvo notables efectos en la evolución posterior de muchos cristianos vascos, es una radical desvalorización de la jerarquía eclesial y una fecunda crisis de obediencia que desbloqueó el movimiento de autocrítica evangélica hasta extremos no muy lejanos al alcanzado por Fray Alfonso de Mella.

Al principio los curas más decididos se limitaban a escribir cartas de protesta y firmar documentos, una gran parte de los cuales trataban sobre la tortura (el pueblo vasco ha sido siempre especialmente sensible a la tortura, quizá porque la conquista de la hidalguía colectiva supuso desde el siglo XVI la prohibición foral de torturar a nadie: el propio Felipe II hubo de aguantar un motín de albañiles guipuzcoanos durante la construcción de El Escorial como protesta por haber sido torturado uno de ellos; a propósito, ¿qué pasa con los asesinos de Arregui?).

No se tardó en pasar a las manifestaciones, sentadas, encierros y huelgas de hambre con su inevitable secuela de sanciones, multas, cárcel y hasta Consejos de Guerra. Pero los sucesivos fracasos de esta estrategia «a la luz del día» impulsó a muchos a pasar desde la denuncia en el púlpito al trabajo clandestino: y en las catacumbas de la clandestinidad el movimiento del clero vasco —en el que siempre se distinguieron dos sectores no siempre acordes y coincidentes:



*El carlismo es el origen de la intensa proclividad del clero vasco a intervenir en política. (Dibujo de Sáenz de Tejada.)*

un sector obrerista y un sector vasquista— vino a confluir con Comisiones Obreras, por una parte, y con ETA por otra; en más de una zona ambas organizaciones deben su arraigo a curas y seminaristas, y no carecería de interés sociológico calibrar la crucial aportación del movimiento y crisis del clero a los partidos políticos vascos.

El más importante mojón en este proceso lo constituyó sin duda el Concilio Vaticano II, más que por lo poco que en sí mismo aportó de positivo, por la crisis de desconcierto en que sumió a la autoridad eclesial y porque situó a más de un cura o alevín de cura en el disparadero de una evolución ideológica que en más de un caso terminó colgando la so-

tana y cogiendo a cambio las armas.

Así como nadie renaciera con más fuerza, así también nada contribuyó más que la derechización y la complicidad eclesial con el poder a que el movimiento del clero vasco se radicalizara y acabara confluyendo con las formas más virulentas de la oposición política. En lugar de protestar, más bien tendría el Gobierno que agradecer que el aceptable grado de proximidad de los actuales obispos vascos a su clero y a su pueblo contribuya a moderar las actitudes en vez de radicalizarlas.

Pues bien podía preguntarse que si ésta es la opinión de los obispos vascos, ¿cuál no será la del clero vasco?, ¿cuál no será la del pueblo vasco? ■

J. A.